

rce

# Sonetos y poesías

Gaspar Melchor de Jovellanos (1744 – 1811)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



# Sonetos y poesías

Gaspar Melchor de Jovellanos  
(1744 – 1811)

## A Enarda

Quiero que mi pasión, ¡oh Enarda!, sea,  
    menos de ti, de todos ignorada;  
que ande en silencio y sombras embozada,  
    y ningún necio mofador la vea.

Sea yo dichoso, y más que nadie crea  
que es con tu amor mi fe recompensada;  
que no por ser de muchos envidiada,  
    crece la dicha a más sublime idea.

Amor es un afecto misterioso,  
que nace entre secretas confianzas,  
mas muere al soplo de mordaz censura;

y sólo aquel que logra, ni envidioso  
ni envidiado, cumplir sus esperanzas,  
colma su gozo y fija su ventura.



**Gaspar Melchor de Jovellanos**, bautizado como Baltasar Melchor Gaspar María de Jove Llanos y Ramírez (Gijón, 5 de enero de 1744 – Puerto de Vega, Navia, 27 de noviembre de 1811) es el representante más genuino de la Ilustración española.

Fue un hombre culto, escritor, jurista y político ilustrado, abierto, fecundo y ejemplar que se caracterizó siempre por un hondo patriotismo y una gran preocupación por los distintos problemas de España.

- **Más obras de Melchor de Jovellanos**
- **Biografía del autor**
- **Descarga Ebooks**



## A la mañana

Ven, ceñida de rayos y de flores  
la rósea frente, ¡oh plácida mañana!  
Ve; ven, y ahuyenta con tu faz galana  
la perezosa noche y sus horrores.

Ven, y vuelve a los cielos sus ardores,  
su frescura a la tierra, y su temprana  
gloria a mi pecho, en Clori soberana;  
en Clori mi delicia y mis amores.

Ven, ven, que si piadosa me escuchares,  
yo te alzaré un altar sobre el florido  
suelo que honrare Clori con su planta.

Y en él, después te ofreceré a millares  
las víctimas mi pecho agradecido,  
y los devotos himnos mi garganta.

## A la noche

Ven, noche amiga; ven, y con tu manto  
mi amor encubre y la esperanza mía;  
ven, y mi planta entre tus sombras guía  
a ver de Clori el peregrino encanto;

ven, y movida a mi ardoroso llanto,  
envuelve y llena en tu tiniebla fría  
el malicioso resplandor del día,  
testigo y causador de mi quebranto.

Ven esta vez no más; que si piadosa  
tiendes el velo a mi pasión propicio,  
y el don que pide otorgas a mi ruego,

tan solo a ti veneraré por diosa,  
y para hacerte un grato sacrificio  
mi corazón dará materia al fuego.

## De agudo mal el golpe no esperado

De agudo mal el golpe no esperado  
asusta, Clori, tu preciosa vida;  
y al mirarte doliente y afligida  
mi enfermo corazón tiembla asustado.

Dos veces con influjo porfiado  
ejerce el mal su saña enfurecida,  
una turbando mi alma dolorida,  
otra afligiendo tu ánimo angustiado.

¿Cuál, Clori, de las dos, pues la inclemencia  
del mal sentimos ambos de consuno,  
cuál, dime, sufrirá mayor martirio?

¿Tú, en quien se ceba la cruel dolencia,  
o yo que todo el mal siento importuno  
de tu misma dolencia y mi delirio?

## Soneto primero

Sentir de una pasión viva y ardiente  
todo el afán, zozobra y agonía;  
vivir sin premio un día y otro día;  
dudar, sufrir, llorar eternamente;

amar a quien no ama, a quien no siente,  
a quien no corresponde ni desvía;  
persuadir a quien cree y desconfía;  
rogar a quien otorga y se arrepiente;

luchar contra un poder justo y terrible;  
temer más la desgracia que la muerte;  
morir, en fin, de angustia y de tormento,

víctima de un amor irresistible:  
ésta es mi situación, ésta es mi suerte.  
¿Y tú quieres, cruel, que esté contento?

## A sus amigos de Salamanca

JOVINO A SUS AMIGOS DE SALAMANCA  
*Est quodam prodire tenus, si non datur ultra.*  
(Horacio, *Epis. I, lib. I, v. 32*).

A vosotros, oh ingenios peregrinos,  
que allá, del Tormes en la verde orilla,  
destinados de Apolo, honráis la cuna  
de las hispáneas musas renacientes;  
a ti, oh dulce Batilo, y a vosotros,  
sabio Delio y Liseno, digna gloria  
y ornamento del pueblo salmantino;  
desde la playa del ecuóreo Betis  
Jovino el gijonense os apetece  
muy colmada salud; aquel Jovino  
cuyo nombre, hasta ahora retirado  
de la común noticia, ya resuena  
por las altas esferas, difundido  
en himnos de alabanza bien sonantes,  
merced de vuestros cánticos divinos  
y vuestra lira al sonoro acento;  
salud os apetece en esta carta,  
que la tierna amistad y la más pura  
gratitud desde el fondo de su pecho  
con íntima expresión le van dictando;  
que pues le niega el hado el dulce gozo  
de estrechar con sus brazos vuestros pechos,  
de urbanidad y suave amor henchidos,  
podrá al menos grabar en estas letras  
la dulce sensación que en su alma imprime  
del vuestro amor la tierna remembranza.  
Y no extrañéis que del eolio canto  
cansada ya su musa, se convierta  
al compás lento y numeroso que ama  
tanto la didascálica poesía;  
que en vano de su pecho, penetrado  
del forense rumor, y conmovido  
al llanto del oprimido, de la viuda

y el huérfano inocente, presumiera  
 lanzar acentos dulces, ni su lira,  
 otras veces sonora, y hora falta  
 de los trementes armoniosos nervios,  
 al acordado impulso respondiera,  
 ni en fin a los avisos que me dicta  
 tu voz, oh Polimnía, con astuta  
 y blanda inspiración fuera otro verso  
 que el verso parenético oportuno.  
 ¡Ah, mis dulces amigos, cuán ilusos,  
 cuánto de nuestra fama descuidados  
 vivimos! ¡Ay, en cuán profundo sueño  
 yacemos sepultados, mientras corre  
 por sobre nuestras vidas, aguijada  
 del tiempo volador, la edad ligera!  
 ¿Por ventura queremos que nos tope  
 sumidos en tan vil e infame sueño  
 la arrugada vejez, que poco a poco  
 se viene hacia nosotros acercando?  
 ¿O que la muerte pálida sepulte  
 con nosotros también nuestra memoria?  
 Y el hombre a quien el Padre sempiterno  
 ornó con alto ingenio y con espíritu  
 eternal y celeste, ¿estará siempre  
 a oscura y muelle vida mancipado,  
 sin recordar su divinal origen  
 ni el alto fin para que fue nacido?  
 ¡Ay, Batilo! ¡Ay, Liseno! ¡Ay, caro Delio!  
 ¡Ay, ay, que os han las magas salmantinas  
 con sus jorguinerías adormido!  
 ¡Ay, que os han infundido el dulce sueño  
 de amor, que tarde o nunca se sacude!  
 No lo dudéis: mis ojos, aún no libres  
 del susto, en un sueño misterioso  
 sus infernales ritos penetraron.  
 ¿Contárosle he? ¿Qué numen me arrebató  
 y fuerza a traspasar de mis amigos  
 el tierno corazón? Acorre ¡oh diva!,  
 y pues mi voz, a tu mandar atenta,  
 renueva en triste canto la memoria

del infando dolor, acorre, y alza  
con soplo divinal mi flaco aliento.  
Yacen del Tormes a la orilla, ocultos  
entre ruinas, los restos venerables  
de un templo, frecuentado en otros siglos  
por la devota gente salmantina,  
mas hora sólo de agoreros búhos  
y medrosas lechuzas habitado.  
La amenidad huyó de aquel recinto,  
y sólo en torno de él dañosas yerbas  
crecen, y altos y fúnebres cipreses.  
Aquí su infame junta celebraron  
las Lamias. ¡Oh, si fuera poderosa  
mi voz de describirla y dar al mundo  
cuenta de sus misterios nunca oídos!  
En la mitad de su carrera andaba  
la noche, y ya su manto tenebroso  
cubría en torno el soñoliento mundo;  
todo era oscuridad, que hasta la luna  
su blanca faz del cielo retirara  
por no ver el nefando sortilegio,  
y el horror y el silencio más medroso  
hacían el imperio de las sombras;  
cuando desde una puerta del palacio  
del Sueño un negro ensueño desprendido  
llegó de un vuelo adonde yo yacía.  
Con la siniestra suya asió mi mano,  
y con medrosa voz: «Jovino, dice,  
ven y verás el duro encantamiento  
que prepara la Envidia a tus amigos.  
Ven, y si en tal ejemplo no escarmientas,  
¡triste de ti, mezquino!» Dijo, y luego  
sobre sus negras alas me condujo  
por medio de las sombras hasta el pórtico  
del arruinado templo. No bien hube  
llegado, cuando asidas de las manos,  
siete horrendas figuras parecieron  
desnudas, y de hediondas confecciones  
ungido el sucio cuerpo. Presidenta  
del congreso infernal la fiera Envidia

venía, de serpientes coronada  
la frente, triste, airada, desdeñosa,  
y de los Celos y el Rencor seguida.  
En medio del silencio un gran suspiro  
lanzó del hondo pecho, y revolviendo  
la sesga vista en torno: «Nunca tanto,  
dijo, de vuestro auxilio y vuestras artes  
necesité, oh amigas, ni tan fiero,  
ni tan grave dolor clavó algún día  
en mi sensible corazón su punta.  
¡Oh, si capaz de aniquilar el orbe  
fuese la llama atroz que le devora!  
Tres celebrados nombres (y con rabia  
Batilo pronunció su torpe boca,  
Delio y Liseno) por el ancho mundo  
va esparciendo la Fama, mi enemiga.  
Su trompa los proclama en todas partes,  
y ya a más alto vuelo preparada,  
si no la enmudecemos, estos nombres  
serán muy luego alzados a las nubes,  
y sonarán del uno al otro polo.  
Febo los patrocina, y no le es dado  
a mi flaco poder mancharlos; pero  
se rendirán al vuestro, si adormidos  
en blando amor...». No bien tan fiera idea  
cayó del sucio labio, cuando en torno  
del demolido templo en raudos giros  
dio el maléfico coro siete vueltas.  
Después alternativas susurraron  
muchos versos de ensalmo, con palabras  
de mágico vigor y rabia henchidas,  
a cuya fuerza desde la honda entraña  
de la tierra salieron redivivos  
los fríos huesos, que de luengos días,  
del humanal vestido ya desnudos,  
allí dormían. ¡Ay, cuán prestamente  
en los hambrientos dientes de la Envidia  
los vi yo triturados, y en sus manos  
a leve y sucio polvo reducidos...!  
En esto hacia los ángulos internos

del templo corren las malignas sagas,  
y del sombrío suelo mil dañosas  
plantas recogen con siniestra mano  
y misteriosos ritos arrancadas.  
También allí prestó la cruda Envidia  
su auxilio, y en sus palmas estrujando  
las hojas y raíces, hizo luego  
que destilasen los dañosos jugos  
cuanta virtud en ellos se escondía.  
El zumo de la fría adormidera,  
cortada su cabeza al horizonte,  
que infunde a veces el eterno sueño;  
el de la yerba mora, que altamente  
el cerebro perturba; el hyosciamo,  
y el coagulante jugo que destilan,  
heridas, las raíces misteriosas  
de la fría mandrágula, allí fueron  
diestramente extraídos, y con nuevo  
ensalmo derramados sobre el polvo  
de los humanos huesos. Mientras una  
de las sagas volvía y revolvía  
el preparado adormeciente lodo,  
sacó la Envidia del cuidadoso pecho  
tres relucientes nóminas, con rasgos  
de roja y venenosa tinta escritas.  
¡Ah, no creáis, amigos, que mi pluma  
os pretenda engañar! Mis propios ojos,  
en tierno llanto entonces anegados,  
vieron ¡oh maravilla! los tres nombres,  
los dulces nombres de Ciparis bella,  
de Julinda y de Mirta la divina,  
que estaban allí escritos. Y cual suele  
—si tiene tal prodigio semejante—  
brillar con propia luz en noche oscura  
la lienide purpúrea, que en su rumbo  
suspende al receloso caminante,  
así en la oscuridad resplandecían  
los tres amados nombres. Entre tanto  
mi corazón absorto palpitaba  
de pasmo y de temor. La Envidia entonces,

dividiendo en pedazos muy menudos  
las esplendentes nóminas, de esta arte  
habló a sus compañeras: «Consumemos  
¡oh amigas! nuestra obra, y estos nombres,  
adorados de Delio y sus secuaces,  
a la maligna confección mezclamos.  
Su virtud penetrante, aun más activa  
que los venenos mismos, irá recta-  
mente a iludir sus tiernos corazones;  
y a blando amor eternamente dados,  
la vida pasarán adormecidos,  
y morirán sin gloria». Dijo, y luego  
mezcló los rutilantes caracteres  
al cruel maleficio, e infundióles  
nuevo vigor con su maligno soplo.  
Repitieron las brujas el susurro  
sobre la masa ponzoñosa, y dieron  
alegre fin a la perversa junta.  
Yo en tanto, lleno de dolor, enviaba  
del hondo pecho a Apolo ardientes votos.  
«Brillante Dios, decía, si la gloria  
de tan dignos alumnos interesa  
tu pía omnipotencia en favor suyo,  
¡ah, destruye la fuerza venenosa  
del duro encantamiento, y de la infamia  
y de la eterna oscuridad redime  
los nombres que otra vez has protegido!  
¡Desata el preparado encantamiento,  
y sálvalos, oh Dios, para que eterna-  
mente suba a tu trono el dulce acento  
de su lira, en cantares eucarísticos  
gratamente empleada!». Aquí llegaba  
el bien sentido ruego, que sin duda  
oyó piadoso el numen, porque al punto  
descendió un resplandor desde lo alto,  
al meridiano sol muy semejante,  
que iluminando el pavimento umbrío,  
al golpe de su luz postró a la Envidia  
y a sus viles ministras, y arrojolas  
precipitadas hasta el hondo abismo.

¿Será estéril, oh amigos, de este ensueño  
el misterioso anuncio? ¿Siempre, siempre  
dará el amor materia a nuestros cantos?  
¡De cuántas dignas obras, ay, privamos  
a la futura edad por una dulce  
pasajera ilusión, por una gloria  
frágil y deleznable, que nos roba  
de otra gloria inmortal el alto premio!  
No, amigos, no; guiados por la suerte  
a más nobles objetos, recorramos  
en el afán poético materias  
dignas de una memoria perdurable.  
Y pues que no me es dado que presuma  
alcanzar por mis versos alto nombre,  
dejadme al menos en tan noble empeño  
la gloria de guiar por la ardua senda  
que va a la eterna fama, vuestros pasos.  
Ea, facundo Delio, tú, a quien siempre  
Minerva asiste al lado, sus; asocia  
tu musa a la moral filosofía,  
y canta las virtudes inocentes  
que hacen al hombre justo y le conducen  
a eterna bienandanza. Canta luego  
los estragos del vicio, y con urgente  
voz descubre a los míseros mortales  
su apariencia engañosa, y el veneno  
que esconde, y los desvía dulcemente  
del buen sendero, y lleva al precipicio.  
Después con grave estilo ensalza al cielo  
la santa religión de allá abajada,  
y canta su alto origen, sus eternos  
fundamentos, el celo inextinguible,  
la fe, las maravillas estupendas,  
los tormentos, las cárceles y muertes  
de sus propagadores, y con tono  
victorioso concluye y enmudece  
al sacrílego error y sus fautores.  
Y tú, ardiente Batilo, del Meonio  
cantor émulo insigne, arroja a un lado  
el caramillo pastoril, y aplica

a tus dorados labios la sonante  
trompa, para entonar ilustres hechos.  
Sean tu objeto los héroes españoles,  
las guerras, las victorias y el sangriento  
furor de Marte. Dinos el glorioso  
incendio de Sagunto, por la furia  
de Aníbal atizado, o de Numancia,  
terror del Capitolio, las cenizas.  
Canta después el brazo omnipotente,  
que desde el hondo asiento hasta la cumbre  
conmueve el monte Auseva y le desploma  
sobre la hueste berberisca y suban  
por tu verso a la esfera cristalina  
los triunfos de Pelayo y su renombre,  
las hazañas, las lides, las victorias  
que al imperio de Carlos, casi inmenso,  
y al Evangelio santo un nuevo mundo  
más pingüe y opulento sujetaron.  
Canta también el inmortal renombre  
del héroe metelímneo, a quien más gloria  
que al bravo macedón debió la Fama.  
O en fin, la furia canta y las facciones  
de la guerra civil que el pueblo hispano  
alió y opuso al alemán soberbio.  
Dirás el golfo catalán en furia  
contra Luis y su nieto, los leopardos  
vencidos en Brihuega, y los sangrientos  
campos de Almansa, do cortó a Filipo  
sus mejores laureles la Victoria.  
La empresa que a tu pluma reservada  
queda, oh caro Liseno, ¡ah, cuán difícil  
es de acabar, cuán ardua! Mas ya es tiempo  
de proscribir los vicios indecentes  
que manchan nuestra escena. ¡Cuánto, oh cuánto  
la gloria de la patria se interesa  
en este empeño! Triunfan mil enormes  
vicios sobre el proscenio, y la ufanía,  
el falso pundonor, el duelo, el rapto,  
los ocultos y torpes amoríos,  
contra el desvelo paternal fraguados,

y todas las pasiones son impune-  
mente sobre las tablas exaltadas.  
Despierta, pues, oh amigo, y levantado  
sobre el coturno trágico, los hechos  
sublimes y virtuosos, y los casos  
lastimeros al mundo representa.  
Ensalza la virtud, persigue el vicio,  
y por medio del susto y de la lástima  
purga los corazones. Vea la escena  
al inmortal Guzmán, segundo Bruto,  
inmolando la sangre de su hijo,  
de su inocente hijo, al amor patrio...  
¡Oh espíritu varonil! ¡Oh patria! ¡Oh siglos,  
en héroes y altos hechos muy fecundos!  
Vuestro auxilio también en esta empresa  
imploro, oh mi Batilo, oh sabio Delio.  
¡Ah, vea alguna vez el pueblo hispano  
en sus tablas los héroes indígenas  
y las virtudes patrias bien loadas!  
Bajar podréis también al zueco humilde,  
y describir con gesto y voz picantes  
las costumbres domésticas, sus vicios  
y sus extravagancias... Pero, ¿dónde  
encontraréis modelos? Ni la Grecia,  
ni el pueblo ausonio, ni la docta Francia  
han sabido formarlos. Reina en todos  
el vicio licencioso y la impudencia.  
Mas cabe el ancha vía hay una trocha,  
hasta ahora no seguida, do las burlas  
y el chiste nacional yacen en uno  
con la modestia y el decoro aliados.  
Seguid, pues, este rumbo. ¡Qué tesoros  
descubriréis en él! ¡Será el teatro  
escuela de costumbres inocentes,  
de honor y de virtud! Será... Mas, ¿dónde  
del bien común el celo me arrebatara?  
¡Ah, si su llama alcanza a vuestro pecho,  
de los trabajos vuestros cuán opimos  
frutos debo esperar! ¡Y cuánta gloria  
estará en otros siglos reservada

al celo de Jovino, si esta insigne,  
si esta dichosa conversión, que tristes  
y llenas de rubor tanto ha que anhelan  
las musas españolas, fuese el fruto  
de sus avisos dulces y amigables!

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

